**¡Amados en el Señor archipastores, honorables presbíteros**

**y diáconos, monjes y monjas que aman a Dios,**

**queridos hermanos y hermanas!**

El inefable amor de Dios nos ha reunido hoy para celebrar en *la unidad del espíritu y la unión de la paz* (Ef.4:3), una de las fiestas más solemnes y al mismo tiempo misteriosas de la Iglesia es la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. Glorificando la venida del Salvador al mundo, os felicito cordialmente a todos, queridos míos, por este gozoso acontecimiento, que abrió una nueva era en la relación entre Dios y los hombres.

Cada vez que miramos lo que sucedió hace dos milenios, tratamos de comprender la grandeza del milagro de la Encarnación de Dios y no dejamos de maravillarnos con la bondad y la misericordia de nuestro Creador. Durante muchos siglos, la humanidad ha languidecido en una tensa anticipación del *Reconciliador* prometido por el Señor (Gén.49:10): *el Rey justo y Salvador* (Zacar. 9:9), *en Cuyo nombre confiarán las naciones* (Is. 42:4). Y cuando por fin llegó la plenitud de los tiempos *el Niño nos ha nacido* (Isa.9:6), *para que todo aquel que cree en Él no pereciera, sino que tuviera vida eterna* (Juan.3:16). El amor de Dios, que *supera el conocimiento* (Ef.3:19), envió al mundo no *un intercesor, ni un ángel,* ni un gobernante fuerte y poderoso, como pensaba la gente, Dios mismo se encarnó para liberar al hombre del poder de pecado y maldad.

Es admirable que el acontecimiento más grande de la historia, anunciado por los profetas del Antiguo Testamento y que incluso los grandes pensadores de la antigüedad previeron, se haya ocurrido de manera tan modesta y aparentemente discreta. Dormía Belén. Dormía Jerusalén. Toda la Judea dormía. El Señor Todopoderoso, Rey de reyes y Señor del Universo apareció al mundo no bajo sonidos *solemnes de trompeta* (Sal.150,3) y universal regocijo, pero humilde y manso, en el silencio nocturno de la cueva miserable, celebrado por una multitud de Ángeles y unos pocos pastores que *vinieron a ver lo que pasaba* (Luc.2:15).

Al comienzo de Su camino terrenal el Señor parecía querer “mostrar la imagen de la virtud dentro de los límites de la humillación”, reflexiona San Juan Crisóstomo. Sólo el amor perfecto actúa con tanta nobleza, el que *no busca* *lo suyo* (1 Cor.13,4-5), no se exhibe y no exige honor y gloria, sino que está dispuesto a soportar todas las privaciones y penas para el beneficio de su prójimo. "Por eso", continúa el maestro ecuménico de la Iglesia, "el Señor recibe mi cuerpo para que yo contenga Su Palabra, y al recibir mi carne, me da Su Espíritu para que, al dar y recibir, pueda impartirmeme el tesoro de la vida" (Palabra para la Natividad). En esto, se nos reveló el amor abundante de Dios, para que recibiéramos *el verdadero tesoro de la vida*, el Señor mismo, *de Quien son todas las cosas, por Él y para Él* (Rom.11:36).

El amor es la verdadera causa y la fuerza motriz de las acciones Divinas. Él creó el mundo y creó al hombre, dotándolo generosamente de dones. Por amor, vino a salvarlo cuando se alejó de la comunicación con su Creador. Según el propósito del Creador, todo el sentido de la vida humana es que *nos amemos los unos a los otros* (Jn.13,34). Pero, ¿cómo se puede lograr esto en un mundo donde hay tanta maldad y odio? Para hacer esto, primero que nada, necesitas abrir y entregar tu corazón a Dios. Sólo Él puede cambiarlo y ampliarlo para que nuestro corazón, ahora tan débil y limitado sea capaz de albergar a nuestros semejantes, a los lejanos, a los caritativos y a los que nos ofenden, a todos aquellos a quienes estamos llamados a amar según el mandamiento de Cristo, imitando la perfección de nuestro Padre Celestial (Mat.5,48).

Inclinándonos en oración ante el Dios Niño Recién Nacido, pensemos, ¿qué regalo ofrecemos al Señor del Universo? ¿Puede haber algo digno y proporcionado a la grandeza del Creador Eterno? Sí, hay un don tan valioso que el Señor más desea: nuestro corazón humilde, amoroso y misericordioso. Glorifiquemos a Cristo Encarnado no sólo con hermosos cantos y mensajes de felicitación, sino sobre todo con buenas obras. Compartamos la brillante alegría navideña con los necesitados, abriguemos al prójimo con nuestras atenciones, visitemos a los enfermos y a los agobiados por el dolor. Consolemos y apoyemos a los que están desanimados, y cubramos con oración a *todos los que están en confusión y tristeza.*

La gran fuerza salvadora del amor cura la indiferencia y la ira, cura el odio y el resentimiento. ¡Suaviza la moral de los amargados y corrige muchas de las torceduras de las relaciones sociales! Si hacemos esto, cumpliremos verdaderamente con nuestra elevada vocación cristiana, pues por *esta efusión de amor*, según la palabra de San Isaac el Sirio, *nos volveremos como Dios* (Palabras ascéticas, 48).

El misterio de la Encarnación de Dios es el misterio de la presencia real de Dios en el mundo. El Apóstol y evangelista Juan previendo la vida de la próxima era, da testimonio de la presencia total del Señor entre los hombres: "Él habitará con ellos; ellos serán Su pueblo, y Dios mismo con ellos será su Dios"(Apoc.21:3). Sin embargo, este misterio inefable de la presencia Divina comienza a realizarse ya aquí en la tierra, porque con la Natividad del Salvador se *ha cumplido el tiempo y se ha acercado el Reino de los Cielos* (Mc.1:15). Estamos entrando visiblemente en esta realidad, formando la Única Santa Iglesia de Cristo, a través de la Cual nosotros, queridos míos, somos embajadores y representantes de este Reino Celestial de amor. Esta experiencia maravillosa y profunda de "Dios está con nosotros" constituye la esencia de los Sacramentos en la vida misteriosa de la Iglesia. Recordemos que si el Todopoderoso mismo *el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin (*Apoc.22:13), abrazó la historia humana y *prometió estar con nosotros siempre hasta el fin de los tiempos* (Mt.28:20), entonces no tenemos nada que temer de las perturbadoras circunstancias del tiempo presente. Respondiendo al gran amor del Salvador, aprendamos a encomendarnos completamente al Señor y confiar en Su buena Providencia, para que incluso antes de la Segunda venida gloriosa de Cristo, *hasta los últimos de la tierra* (Is.8:9) podemos testificar con valentía y alegría que, *¡Dios está con nosotros!*

**+ KIRILL**

**PATRIARCA DE MOSCÚ Y TODA RUSIA**

*Navidad de Cristo*

*2023\2024*

*Moscú*